





LA TRISTE SONRISA DE M



José Ramón Gómez

# LA TRISTE SONRISA DE M



Primera edición: Septiembre 2019

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© José Ramón Gómez

© Fotografía del autor: María Gómez Carvajal

ISBN: 978-84-948423-8-2

ISBN digital: 978-84-948423-9-9

Depósito legal: M-29167-2019

Libros que no muerden

c/ Marcenado 14

28002, Madrid

IG: @librosquenomuerden

editor@flandes-editorial.com

www.flandes-editorial.com

Impreso en España







# ÍNDICE

|   |     |
|---|-----|
| Secuencia Inicial Más cine, por favor.....  | 11  |
| Secuencia I El niño invisible.....          | 15  |
| Secuencia 2 El despacho .....               | 19  |
| Secuencia 3 Besos a distancia.....          | 29  |
| Secuencia 4 El despacho, otra vez.....      | 33  |
| Secuencia 5 Expedientes vacíos.....         | 43  |
| Escena 5, Toma 2 Difícil atención.....      | 47  |
| Secuencia 6 A tomar por cleta.....          | 53  |
| Secuencia 7 Insomnio.....                   | 65  |
| Secuencia 8 Whatsapps.....                  | 93  |
| Secuencia 9 Dulce despertar.....            | 95  |
| Secuencia 10 Mejor... imposible.....        | 107 |
| Secuencia II El tráiler.....                | 123 |
| Secuencia Final Me llamo Íñigo Montoya..... | 145 |
| Toma única y final The end.....             | 151 |



## SECUENCIA INICIAL

### Más cine, por favor

Si esto fuera una película, la primera imagen sería mi silueta, recortada de espaldas, avanzando por el pasillo solitario del instituto y mi voz en *off*, presentándose. Todo a cámara lenta, como en las *pelis* de astronautas, justo antes de subir al espacio.

Siempre soñé con dedicarme al mundo del cine, ser director o guionista. Mi gran sueño desde los seis años.

Aquella Navidad, mi padre compró para casa un reproductor de devedé. Por la tarde, mi hermano y yo le acompañamos a una tienda llena de estanterías con cajitas que a mí me parecían cuentos de la biblioteca. Él lo tenía claro y se acercó hasta un estante negro, gigantesco. De entre todas, tomó una que tenía en la portada un enorme precipicio con un castillo en lo alto, un barco y el perfil de varias siluetas escalando la pared del acantilado. ¡Ah!, y en un lado, la sombra de una pareja abrazada.

Con esa edad, yo ya era un chaval bastante movidito. La tele no me atraía, quizás porque la tía la tenía siempre encendida con sus cosas. Para el asombro de todos, al medio minuto de poner la peli, allí no parecía haber niño alguno. Debí quedar hechizado. No fui el único.

Cuando me dijeron que debía devolverla dos días después, me entró una fiebre compulsiva. Quise verla otras cinco veces. La abuela siempre conmigo. Aprendí a manejar rápidamente el mando a distancia y echaba para atrás algunas escenas. Una y otra vez, hasta que el lector de devedés dijo basta y nos enfadamos mutuamente. Él dejó de funcionar y a mí me castigaron por cargármelo.

A las pocas semanas compraron otro y me prohibieron que lo tocara, salvo que algún adulto estuviera conmigo. Fue la abuela quien se hizo cargo. A cambio de sacar algún clásico en blanco y negro me acompañaba al videoclub. En los paseos aprovechaba para contarme cosas. De su infancia, la ciudad. Quinientos metros de recuerdos que alimentaban mi fantasía. Mantener las amistades me resultaba difícil. Terminaba agotándolos a todos. Al final ya no me invitaban al parque, ni a cumpleaños. Esos ratos con la abuela se convirtieron para mí en oro puro.

Vimos infinidad de películas. Con el tiempo y sus noventa años, casi siempre terminaba durmiéndose. Menos cuando volvía a poner esa peli. Creo que el personaje del abuelo que le cuenta el cuento a su nieto enfermo le

molaba. A mí también. Fue entonces cuando se me ocurrió utilizar la videocámara de mis padres para grabarla contando sus historias. Me fui por las calles y también filmé partes antiguas de la ciudad que ella conoció de otra manera.

Aproveché las clases de Tecnología para hacer un montaje. Lo había titulado *La memoria de la ciudad*. Añadí fotos de la época con algún que otro efecto y, cuando lo terminé, me fui a por Anselmo, el profe de Historia. En algún sitio había leído sobre una convocatoria de cortos. El premio, un curso en el centro de Artes Plásticas. Convocaba el Ayuntamiento y Anselmo, con su coleta postmoderna, desde hacía algunos años, era concejal de Cultura.

Le pude explicar el proyecto durante cinco minutos, luego me cortó de raíz. Aludió primero a mis carencias como estudiante, luego a mis carencias como persona, prosiguió con mis carencias para todo esto del cine y siguió durante un rato más. Desconecté mucho antes. Ni siquiera le echó un ojo a mi corto.

Como el papel higiénico que se te queda enganchado en las suelas, salí de su aula arrastrando mis ilusiones.

Ese día tardé en llegar a casa. Tuve que ir a desahogarme a un descampado lleno de cardos y matojos. Me castigaron por llegar de noche, también por destrozar me las zapatillas de deporte.

Hasta ese momento, mi vida en secundaria no se caracterizó por unas notas brillantes. Mi récord: un seis y medio en *mates*. A partir de ese día empecé a desconectar mucho en las clases. Cateé varios exámenes.

La abuela enfermó y yo dejé de tomar la pastilla para concentrarme. También pasé mucho de ir a la Asociación. Al poco, la yaya murió.

¿Y por qué os cuento esto a vosotros? Porque puede que algunos de estos detalles expliquen mi paseo solitario de hoy por el pasillo del *insti*.

## SECUENCIA I

### El niño invisible

Me llamo Esteban, aunque casi todos me llaman Steven, por Spielberg. Tengo quince años, voy a cuarto de la ESO y me encanta la peli de *La princesa prometida*. Mi escena favorita es la de Iñigo Montoya, un habilidoso espadachín de origen toledano que busca vengar la muerte de su padre. Y a veces, en las clases, se me va la pinza más que a un tendedero en un huracán.

Como antes en clase.

—¡Aaaaaay! Pero ¿qué haces niño? ¿Tú estás loco o qué? Pues no va el cernícalo este y me pincha con el compás.

Pues eso, *La princesa prometida* y yo, Iñigo Montoya y mi poderosa imaginación. No hace falta que os explique mucho. El arma homicida en mis manos y las protestas de la compañera de delante también parecían explicárselo al profe. Nadie dijo nada del provocativo jersey de agujeritos que llevaba ella.

—Esteban... —el profe de plástica respiró varias veces seguidas antes de seguir hablando, parecía estar de parto—, vete ahora mismo al despacho del Jefe de Estudios.

Otro adorno en mi expediente disciplinario.

Para el 99,9% de las chicas del instituto soy el hombre invisible. Para los profes, no. Para ellos soy esa hemorroide mañanera que te hace lamentar la decisión tomada años atrás de elegir entre opositar o la empresa privada.

No lo hago aposta. Ni me divierte. Preferiría pasar desapercibido, pero no sé cómo.

El pasillo que ahora recorro me lo conozco de memoria. Estoy seguro de que puedo hacerlo con los ojos cerrados. Antes miraba las orlas antiguas y sus fotos, pero al poco ya me aburrían. Mi padre dice que no tiene una foto mía de pequeño en la que salga sin moverme...

—Ostras.

—¡Pero, qué coñ... ¿Qué haces, chaval? —me acabo de chocar contra un muro que va en chándal—. Tú, cómo no me lo he imaginado.

El de la imaginación corta es Jimeno, uno de los profes de Educación Física. Y está fuerte el tío.

—¿Qué haces por el pasillo con los ojos cerrados?

—Un experimento, sí. De... Ciencias, para la orientación celular en espacios cerrados.

Frunce el ceño espeso. Las cejas, vaya. No creo que haya funcionado al cien por cien mi trola.



—¿Y dónde vas ahora?

—Al despacho de Julio, el Jefe de Estudios. Voy a pasarle los datos para que los compute.

—¿A que los compute? Anda y abre bien los ojos, no te vayas a meter en otro lío.

Me caen bien los profes de Educación Física. En sus clases puedo dar rienda suelta a mi nervio en movimiento sin que me caiga una bronca. La mayoría son majos. Aunque los veas en chándal todo el día, que parecen los yonkis del instituto, son buena gente.

Son los únicos que me toleran. Y Julio, el Jefe de Estudios.

Por cierto, Steven Spielberg también tiene TDAH, Trastorno de Déficit de Atención con Hiperactividad. Como yo.



## SECUENCIA 2

### El despacho

Julio, el Jefe de Estudios, es un buen tío. Para mi desgracia, nos vemos más de lo que me gustaría. Es tranquilo y eso me da confianza. Al principio me asustaba esa forma de hablar tan calmada, pensaba que después del discurso me sacudiría un castigo de los buenos. Se nota desde el principio que no quiere abrir parte alguno.

Llegamos a firmar un compromiso de cambio por escrito. No tardé mucho en cagarla. Puedo jurar que intenté cumplirlo.

Pateo con rabia un papel del suelo y termino de subir las escaleras a los despachos. Casi vuelvo a darme de bruces. Esta vez, el profe es un tipo muy grande. Cuando levanto la vista me doy cuenta de la equivocación. Es Héctor, un chaval que me saca una cabeza. Bastante callado. No abre la boca ni para disculparse. No tengo claro el curso que hace, pero últimamente me lo cruzo bastante.

—¿Se puede?

La puerta está entreabierta y entro. Igual tenía que haber esperado a que me dieran permiso.

—Ya estás dentro, pero pasa.

Maldita impulsividad. Es como tener el motor de un F1 con los frenos de un patín.

Julio se quita las dos manos de la cabeza y ordena los papeles de su mesa. Tiene la cara colorada y el poco pelo que le queda, descolocado. Me señala la silla y se apura a guardar unas carpetas de encima de la mesa.

—¿Qué ha pasado ahora?

Ese «ahora» me duele. Suena a «otra vez», «de nuevo», «una vez más», «no hay quién te controle», «tienes hartos a muchos profesores», «qué vamos a hacer contigo»...

Levanto los hombros y no digo ni mu. Él se toma su tiempo antes de contestarme y cuando lo va a hacer, la melodía del móvil lo deja con la boca abierta. Observa el número y hunde las cejas poniendo cara de preocupación. Con la mano me indica que espere.

—Soy yo. No puedo hablar en este momento —gira la cabeza a un lado, pero yo le sigo escuchando perfectamente—. No... Es una situación muy delicada y hay que hablar antes... No, no, me he debido expresar mal... Espere un momento —dice y me mira—. Esteban, vete al aula de Nemesio y habla con él.

Nemesio, el orientador y su aula. No me hace ni pizca de gracia. Yo ya tengo psicólogo. El de la Asociación, que no haya ido a los grupos de trabajo desde hace meses no quiere decir que no lo tenga presente.

Nemesio y su ironía. El orientador desorientado. No quiero ir y se lo voy a decir. Si me quiere poner otro castigo o la expulsión, me da igual, pero no me apetece lo más mínimo. Cuando me llevé la frustración con lo del corto, me hicieron hablar con él. Fue una total decepción. Me soltó un discurso de padre muy «señor mío». Desconecté al minuto. Ruido blanco.

Salgo refunfuñando, pero me giro en el pasillo. Veo a Julio cómo se apresura a salir. Sigue hablando por teléfono. Voy a decírselo, esperaré a que termine de hablar.

Su delgadez se marca al meterse la camiseta por dentro de los vaqueros. Le veo cerrar la puerta del despacho sin quitarse el teléfono de la oreja; parece verdaderamente preocupado, hasta tal punto que ni me ve al pasar junto a mí. Yo a él sí, sobre todo dejar la llave del despacho encima del alféizar del ventanuco superior, junto a la puerta.

Sí, se llama alféizar; ahora, yo tampoco sé cómo se me pueden quedar esas palabras tan raras en la cabeza. A lo mejor por eso, porque son raras.

Lo veo alejarse hacia las escaleras a la vez que me entran unas ganas locas de entrar en su despacho. Esta vez voy a controlar la impulsividad contando hasta diez y respirando hondo.

Uno, dos, tres...

Ya estoy dentro.

—Mier... coles.

En mi tumba lo pondrá: «No le tocaba, pero por tonto aquí está». Si tuviera amigos, no dudo que me pondrían de mote «el buscalíos» o algo parecido.

Otra vez lo he hecho. Vale, un vistacito de nada. Pura curiosidad. Julio no da clases así que no encontraré exámenes ni nada parecido. Además, no queda nada para que suene el timbre; me voy.

Intento no hacer ruido mientras giro el pomo.

—¿Qué estás haciendo?

Esa sombra de ahí, antes no estaba.